

Walter Laqueur

¿Cómo salvar Europa?

Cuál es el futuro del euro, la eurozona y la Unión Europea? ¿Pueden ser salvados? Existe hoy en día en Washington (y, por supuesto, en otras partes) una gran demanda de predicciones económicas. La gente quiere saber qué va a suceder con su país y, también, con sus ahorros. Y esa demanda se produce a pesar que las profecías de muchos economistas –seguramente la mayoría– han fracasado de modo estrepitoso. Salvo en el caso de quienes siempre habían dicho que el desastre estaba a la vuelta de la esquina. Esos, tarde o temprano, acaban por acertar. ¿Por qué ha sido tan grande el error? Porque la política y la psicología han sido en conjunto factores mucho más importantes que la economía. Todo el mundo acepta hoy que hay una condición previa al hecho de poseer una moneda común: la existencia de una autoridad central capaz de tomar importantes medidas económicas. Mientras esas decisiones estén en manos de los gobiernos nacionales, la situación está condenada a ser caótica. Es algo que tendría que haber estado claro cuando se introdujo el euro, pero no fue así. Al tratarse de una decisión política que habría significado la cesión por parte de los países de una parte de su soberanía, hubo (y hay) una considerable resistencia a unos Estados Unidos de Europa.

Predicciones y consejos. En la televisión estadounidense, personas mayores con aspecto que inspira confianza intentan convencer a los telespectadores de que inviertan en oro, que según dicen es un ganador seguro: su valor siempre subirá. Es verdad que su comportamiento ha sido alcístico en los últimos años; pero el oro también es una materia prima, y las materias primas suben y bajan. Y así ha ocurrido en las últimas semanas, en las que el oro ha perdido el 10% de su valor (como la plata y el cobre).

¿Qué dicen los principales expertos del mundo académico? En Lindau, una agradable ciudad alemana situada a las orillas del lago Constanza, se reúnen de vez en cuando algunos galardonados con el premio Nobel. Hace un mes les tocó el turno a los de Economía: se reunieron diecisiete galardonados y no coincidieron en absoluto sobre las medidas que había que tomar frente a la crisis de la deuda europea. Algunos, como era previsible, se mostraron partidarios de unos drásticos recortes presupuestarios; otros, por el contrario, insis-

W. LAQUEUR, director del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de Washington

tieron en lo equivocado de esa postura y en que la única salida de la crisis era el gasto y el crecimiento. Es decir, austeridad frente a estímulo. Todos coincidieron en que Europa se enfrentaba a siete años de vacas flacas (como dijo el ministro de Economía alemán). No obstante, también coincidieron en que el euro no desaparecería, ni la eurozona tampoco. Ahora bien, ¿seguiría siendo la eurozona la misma que antes? Lo más probable es que no.

¿Por qué piensan los premios Nobel

unos años, las cosas podrían ser normales. Sin embargo, lo que tiene sentido desde un punto de vista estrictamente económico constituye un absurdo político. ¿Qué sería de la eurozona sin la economía más fuerte del continente?

¿Qué habría que hacer? El ministro de Economía británico ha afirmado que Europa tiene como máximo seis semanas para tomar una decisión. ¿Por qué seis semanas? No se sabe, pero no cabe duda de que

está en lo cierto al decir que hay que tomar una decisión con rapidez. El profesor Kenneth Rogoff, de la Universidad de Harvard, consiguió el Nobel en el 2001, al igual que Stiglitz (con quien se ha peleado), y ha trabajado para el FMI. Es uno de los mejores aejecistas estadounidenses y el mayor experto vivo sobre crisis y bancarrotes, tema sobre el que ha escrito una voluminosa obra titulada *Esta vez es diferente: 800 años de locuras económicas*. Aunque no está claro el límite de los 800 años, puesto que, por ejemplo, en la Grecia del 400 a.C. municipios entraron en quiebra.

Rogoff cree que el mayor peligro al que se enfrenta Europa es un pánico bancario, que puede evitarse si los principales bancos tienen (u obtienen) capital suficiente. No es una solución ideal porque tendrá que pagarla el contribuyente; pero cualquier otra solución sería mucho más costosa. Quizá Grecia y Portugal tengan que salir una temporada de la eurozona. Cuando los inversores pierden la confianza en un país, también la pierden en otros. Como otros Nobel de Economía, Rogoff es optimista en términos generales: Europa necesita reformas básicas y estas sólo se producirán como consecuencia de una

gran crisis. ¿Hubo alguna vez un país tan endeudado como Grecia hoy? Sí, Gran Bretaña tras las guerras napoleónicas, pero Gran Bretaña era un imperio y la recuperación fue mucho más fácil.

Argentina tuvo que declararse en quiebra en el 2001, pero tras unas drásticas reformas la economía argentina creció un 9-10% en años posteriores y en la actualidad su situación no es en absoluto crítica. Es verdad que Argentina es un país más rico que Grecia. En el fondo, quizás cada caso sea diferente.●



que la eurozona sobrevivirá? Según Joseph Stiglitz, que ha sido economista jefe del Banco Mundial, resulta difícil, cuando no imposible, *desrevolver* un huevo revuelto. Es probable que tenga razón, pero la pregunta siguiente es: ¿no sería mejor que Grecia abandonara la eurozona, o que lo hiciera Alemania? Porque si Alemania saliera de la eurozona, ya no estaría obligada a pagar por los problemas de los países que se enfrentan a la quiebra. El valor del marco subiría y el del euro bajaría. Se alcanzaría un nuevo equilibrio y, al cabo de

Veamos cuáles son las proporciones en Finlandia, país con los mejores resultados del mundo en las pruebas PISA: 14,5 alumnos por profesor en primaria y 10,6 alumnos por profesor en secundaria, según datos de Eurostat. En Alemania estas ratios son de 18 y 15 respectivamente, en Reino Unido de 20 y 15, en Holanda de 16 y 16; mientras que en Grecia, país en el que el sector público asumió niveles de gasto público insostenibles, los números son de 10 alumnos por profesor en primaria y 8 en secundaria.

Hace unos días un prestigioso diplomático finlandés, al que le preguntaron cómo había llegado a ejercer su profesión, contestaba: "Quería ser maestro pero no logré superar los exámenes de entrada y terminé siendo diplomático". Como dice la sabiduría popular quizás el problema no sea la cantidad, sino la calidad.●

DEBATE. Retos educativos / Eduardo Martínez Abascal y Sergio Cutillas

¿Cantidad o calidad?

Con el inicio del curso el debate sobre los recortes en educación está candente. Se argumenta que la calidad va a bajar ya que este año habrá muchos más niños, mientras el número de docentes en la escuela pública queda congelado. Veamos los números (INE, Idescat y Ensenyament).

Los datos conjuntos de la escuela pública y privada nos dicen que en el curso 2011-12 habrá 15.500 alumnos más en educación infantil (de 330.000 a 345.000), 14.150 más en primaria (de 441.000 a 455.000) y 15.000 más en secundaria (de 453.000 a 468.000). Pasaremos de 12 a 13 alumnos por profesor en educación infantil y primaria (63.000 profesores), mientras que se mantendrá en

educación secundaria (42.000 profesores) en 11 alumnos por profesor.

Datos de la escuela pública: la ratio alumnos-profesor en infantil y primaria ha pasado de 13 (2001) a 11,5 (2010), mientras que en secundaria se mantiene en 10. O sea que el número de alumnos por profesor en la pública ha disminuido. Esto significa que aunque estos 45.000 nuevos alumnos recayeran sólo en la escuela pública, y con el número de profesores del sector público congelado en 71.000, la proporción en infantil y primaria pasaría de 11,5 a 12,3 mientras que en secundaria pasaría de 10 a 10,5. No parece un gran aumento. ¡Pero esperen! Estas ratios no tienen en cuenta que los profesores impartirán una hora más de clase a la semana. Si tenemos en cuenta estas 71.000 horas más, la proporción alumnos-profesores queda exactamente igual que antes del recorte.

E. MARTÍNEZ ABASCAL, profesor del Iese
S. CUTILLAS, Research assistant

Pilar Rahola



Palabra de Bono

Por supuesto no es palabra de Dios, pero su palabra tiene algo de divina, no en vano acostumbra a generar mucha felicidad a su alrededor. Es José Bono, un hombre de una gran catadura humana, a quien –si me permiten la confesión– profeso mucha estima. Pero como los amigos no están para dar alegrías, el amigo Bono acostumbra a disgustarnos (al menos a sus colegas catalanes) periódicamente, no fuera caso que perdiera la costumbre. Es, en el sentido más serio del término, un auténtico jacobino, cuya tendencia al sentimentalismo lo hace profesar un patriotismo a la vieja usanza, del tipo que Valle Inclán ridiculizaba en sus magníficas obras. Como me avalan muchos artículos a favor de que la defensa de las naciones no se haga desde la perspectiva épico-esencial sino desde la argumentación inteligente, puedo también asegurar que el concepto de *patriotismo* en ese sentido clásico me resulta difícil de entender y me pone en guardia. Pero cada cual ve el patio como lo ve, y Bono es un español cuya reflexión sobre España se desvía al corazón y al estómago, sin conse-

Al crearse las autonomías, muchos territorios no tenían ni bandera ni himno ni puñetero interés

uir aterrizar en otros órganos más fríos. De ahí que Catalunya forme parte de sus preocupaciones y de sus obsesiones. La última ha sido la entrevisita que dio a Manuel Fuentes en Catalunya Ràdio, donde después de una primera parte que podríamos avalar muchos, acabó con el dardo clásico contra las aspiraciones soberanistas catalanas. La primera parte es de cajón: el mapa autonómico español es excesivo y costoso y no refleja las aspiraciones ciudadanas sino la estrategia política que existió en la transición para rebajar las reivindicaciones vascas y catalanas. Dicho en plata, cuando se crearon las autonomías, muchos territorios no tenían ni palo ni bandera ni himno ni puñetero interés en esa nueva administración, que no nació de abajo arriba, sino de arriba abajo. El café para todos fue la forma de colarnos agua en el café de los que siempre habíamos reclamado la cafetera. Pero décadas después es probable que se hayan creado vínculos estrechos entre los ciudadanos y esas nuevas administraciones, y cualquier revisión toca fibras sensibles. Quizás de lo que se trataría es de no doblar competencias y asumir que el mapa autonómico debe ser asimétrico, puesto que no todas las autonomías quieren según qué competencias. El problema viene cuando, después de esta cartesiana reflexión, Bono aprovecha para atizar contra soberanistas, independentistas (son insolidarios) y en definitiva contra las aspiraciones catalanas. Lo cual nos recuerda lo que siempre supimos, que el debate autonómico no es más que el disfraz que nos pusieron para intentar neutralizar el debate catalán. Por ello Bono habla de Catalunya cuando habla de España. Porque en su concepción patriótico-jacobina, Catalunya nunca cuadra. Y, claro está, si el rompecabezas no encaja, la culpa siempre es de la pieza.●